



**HOMILIA DEL EXCMO. MONS. ANGEL CARABALLO,
EN OCASIÓN DE LA TOMA DE POSESIÓN DE LA
DIÓCESIS DE CABIMAS.
(Fiesta de Santo Toribio de Mogrovejo)
23-03-2.019**

Bajo el Amparo de Nuestra Señora del Rosario, y con la protección de San Benito de Palermo, doy inicio, con gozo y esperanza, a mi ministerio episcopal en esta Iglesia, que peregrina en la Costa Oriental del Lago, a la cual sirvo desde el pasado mes de septiembre de 2017, como Administrador Apostólico.

Saludo, especialmente, a las autoridades religiosas: al Señor Nuncio Apostólico, a mis Hermanos en el Episcopado, a los sacerdotes, religiosos, religiosas, autoridades civiles y políticas y a todo el Pueblo Santo de Dios, que se han dado cita, en esta Santa Iglesia Catedral, para recibir a este instrumento de Dios, que está dispuesto a dar lo mejor de sí, a fin de que Cristo, nuestro redentor, sea conocido, amado, imitado y servido, a lo largo y ancho de esta iglesia particular,

He querido tener como lema de mi servicio en esta iglesia: “*Bajo tu amparo*”, que, como bien sabemos, es el inicio de la oración más antigua que nos habla de la maternidad divina de María. A Ella, la discípula misionera de Jesús, consagro este servicio que inicio. De Ella, imitaré las virtudes que me ayuden a ser un buen pastor. Y a Ella, le

pediré que me conceda el don de la prudencia, la reciedumbre, la misericordia y la piedad, para poder acompañar a este pueblo que camina entre las consolaciones de Dios y los avatares de este mundo.

El relato del Evangelio nos narra el momento en que, gracias al Si de la Santísima Virgen María y a la acción del Espíritu Santo, Dios se hace hombre, para hacer su morada en medio de nosotros. Al final del relato, la Virgen exclamó: “he aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

La expresión latina “*fiat*”, que significa “hágase”, se puede traducir por “si”. Haciendo un recorrido por la historia de la salvación, podemos decir que hay cuatro momentos decisivos en que se ha pronunciado ese “hágase”.

El primer “hágase”, fue el de Dios Creador. Hágase –dijo Dios-. Y surgieron el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos hay. Surgimos todos del amor de Dios.

El segundo “hágase”, lo escuchamos en el evangelio, que ha sido proclamado, fue pronunciado por una mujer sencilla y pobre, que vivía en la periferia de un gran imperio. “Hágase en mi según tu voluntad”. Ese hágase surgió también del amor; de un amor intenso a Dios y de una entrega a la humanidad. Y en aquel mismo instante, el Amor –Dios es Amor- se hizo hombre en las entrañas purísimas de María.

Treinta y tres años más tarde se pronunció otro “hágase”, en el huerto de Getsemaní, cerca de Jerusalén. Cristo agoniza ante los sufrimientos de la pasión. Pero de sus labios y de su corazón sale un “hágase tu voluntad y no la mía”. Ese hágase de Cristo, fruto de un amor infinito, ha logrado la salvación del mundo, la redención.

¿Y el cuarto hágase? El mundo lo está esperando. Es el “hágase tu voluntad” que recitamos diariamente en el Padre Nuestro. Si lo pronunciamos movidos por el amor, dispuestos a asumir todo lo que comporta, algo grande podrá suceder. Esté hágase es también decisivo. Decisivo como los tres primeros.

Mi “hágase tu voluntad” lo he pronunciado y renovado a lo largo de mi vida sacerdotal y episcopal. Yo lo pronuncié, la última vez, lleno de fe y alegría, el 25 de Diciembre, cuando el Señor Nuncio, me

comunicó la decisión del Papa Francisco de enviarme a la Costa Oriental del Lago. Desde entonces, no he dejado de orar por cada uno de ustedes, por los sacerdotes, seminaristas, religiosas, jóvenes, por un proyecto de pastoral que nos permita evangelizar, para que seamos realmente un pueblo santo, *“linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo que pertenece a Dios, para que proclamemos las obras maravillosas de aquel que nos llamó de las tinieblas a su luz admirable”*, como hemos escuchado en la carta de San Pedro.

Hermanos: como la Santísima Virgen, digo: “Aquí está este siervo del Señor, hágase la voluntad de Dios”. Estoy convencido que sólo buscando la voluntad de Dios y siguiéndola fielmente, puedo conocer la verdad y actuar con justicia y amor. Buscar la voluntad de Dios significará para mí dedicar mucho tiempo a la oración y meditación de su Palabra, celebrar, con devoción y fe, el Santo Sacrificio, practicar el discernimiento y preguntarle qué quieres, Señor, que haga por esta iglesia que peregrina en la Costa Oriental del Lago.

La voz del Señor y de su Espíritu resuena también en sus vidas, querida iglesia, aquí reunida, por eso debo también estar atento para escucharlos y tomar su consejo. Soy un convencido que, en este momento histórico de la Iglesia, la Sinodalidad, el trabajar juntos, nos ayudará a construir la Iglesia Comunion, tan anhelada por el Concilio Vaticano II, el Magisterio del Episcopado Latinoamericano y el Papa Francisco. Porque *“fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”*. (LG. 9)

“Aquí estoy para entregarles mi vida”; para dedicarme en cuerpo y alma, día y noche a todos y cada uno de los diocesanos. No tengan reparos en acercarse al obispo a cualquier hora y para cualquier problema. Mi tiempo es su tiempo. Mi vida es para el Señor y para ustedes, especialmente para los pobres y los afligidos por cualquier causa. Soy un hermano, un amigo, un servidor, que quiere aprender de ustedes, que viene a servirlos para fortalecer su fe y su esperanza, y para que juntos construyamos la civilización del amor, que no es otra cosa, que hacer que esta tierra sea el trasunto, la antesala del cielo.

Pues Dios quiere que seamos felices no sólo en la otra vida, sino también en esta.

Especialmente, escucharé a los sacerdotes. Recién consagrado obispo, tuve la bendición de escuchar al Papa Francisco, al final de un Curso para Obispos de reciente nombramiento. En esa ocasión, de manera improvisada, el Papa nos dijo:”....*Sus sacerdotes son el primer prójimo; el sacerdote es el primer prójimo del obispo —amen al prójimo, pero el primer prójimo es ese—, indispensables colaboradores de quienes hay que buscar el consejo y la ayuda, a quienes hay que cuidar como padres, hermanos y amigos. Entre las primeras tareas que tienen está el cuidado espiritual del presbiterio, pero no olviden las necesidades humanas de cada sacerdote, sobre todo en los momentos más delicados e importantes de su ministerio y de su vida. Nunca es tiempo perdido el que se pasa con los sacerdotes. Recíbanles cuando lo piden; no dejen sin respuesta una llamada telefónica.... Estar en continua cercanía, en contacto continuo con ellos”.*

Queridos sacerdotes, grande es nuestra responsabilidad: ser una transparencia real, viva y eficaz, de Jesús, cabeza, pastor y esposo de la Iglesia. La gente quiere ver en nosotros a Cristo. Lamentablemente, algunos sacerdotes no han sido fieles a las promesas que adquirieron el día de su ordenación y, en vez de ser canales de salvación, se convirtieron en piedra de tropiezo para los fieles. Esperen de mi cercanía, comprensión, paciencia y misericordia, que son genuinos sentimientos de un pastor. No esperen de mí complicidad, impunidad, encubrimiento, pues estaría actuando en contra la justicia y contra el mandato del amor. La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, ha sido gravemente herida en su credibilidad, por el mal obrar de un pequeño grupo de sacerdotes, que han opacado y ocultado la santidad de la Iglesia. Nos corresponde a nosotros, con nuestra vida recta y con nuestro celo apostólico, hacer brillar lo que otros han opacado.

Los conozco, y creo firmemente en ustedes. La fe me dice que cada uno de ustedes es Cristo, el buen pastor. Por eso, los venero y aprecio. Sé, y lo he comprobado este tiempo que he estado entre ustedes, que son un presbiterio unido, trabajador, que comparten con la gente sus angustias, tristezas y pobreza, pero también, sus éxitos y

logros. Les pido que trabajemos arduamente en la pastoral vocacional, pues actualmente, un sacerdote debe atender 20.000 feligreses. Y ya saben ustedes que la mejor promoción vocacional, la que da mejor resultado, es nuestra propia vida sacerdotal, alegre, entusiasta, entregada a Dios.

Queridos jóvenes, aquí reunidos, ustedes son el presente y el futuro de la Iglesia de nuestra Patria. No teman a entregar su vida a aquel, que Dios su vida por nosotros, a Cristo, nuestro Señor, que “no quita, y lo da todo”. Él sigue gritándonos a los oídos: “¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros?” Ojalá puedas decir, como el profeta y la Santísima Virgen: “Heme aquí; envíame a mí”. No hay mayor gozo que arriesgar la vida por el Señor. Recuerden queridos jóvenes, que quizás el Señor te está llamando a la vida sacerdotal o religiosa: “... *me gustaría decirles –afirma el Papa Francisco- “no sean sordos a la llamada del Señor. Si él los llama por este camino no recojan los remos en la barca y confíen en él. No se dejen contagiar por el miedo, que nos paraliza ante las altas cumbres que el Señor nos propone. Recuerden siempre que, a los que dejan las redes y la barca para seguir al Señor, él les promete la alegría de una vida nueva, que llena el corazón y anima el camino...”* (Jornada de Oración por las vocaciones sacerdotales y religiosas, 2.019). Si el Señor te quiere, te sigue, te persigue y te consigue.

En ese mismo discurso del año 2013, el Papa nos dijo: el obispo debe “*ponerse en camino con los propios fieles y con todos aquellos que se dirigirán a él, compartiendo sus alegrías y esperanzas, dificultades y sufrimientos, como hermano y amigo, pero más aún como padre, que es capaz de escuchar, comprender, ayudar, orientar. El caminar juntos requiere amor, y el nuestro es un servicio de amor*”. Estas palabras del Papa, y todo el magisterio del Papa Francisco, pues nací en el episcopado pocos días antes de su elección, serán mi hoja de ruta para actuar entre ustedes: escuchar, comprender, ayudar, orientar, en definitiva, amar.

Nos corresponde, por tanto, introducir a la Iglesia a la Renovación Pastoral, auspiciada por el Papa. Poner las bases para crear un modelo de Iglesia unida, sinodal, que acoge y no excluye; una Iglesia no autorreferencial y cerrada en la sacristía, anclada en el pasado, sino

misionera: es decir, una Iglesia que con el Evangelio va al encuentro del hombre, no espera, sino va, anuncia a todos el amor misericordioso del Padre. Una Iglesia pobre y para los pobres, libre de la mundanidad espiritual, que quiere remediar todas las formas de pobreza que encontramos en la sociedad.

Al ocupar esta Sede episcopal pienso en todos los obispos que me han precedido. En la inteligencia y rectitud de Mons. Constantino Maradei, que vino de mi tierra Bolívar a servir en esta región. Recuerdo aún aquellos libros que escribió “La Fe de mi pueblo” y “Justicia para mi Pueblo”, que tanto nos ayudó a los jóvenes de entonces. Y sobre su lápida, en la cripta donde reposa su cuerpo, en la catedral de Barcelona, está escrito: *"Puedo caminar descalzo por el mundo, porque no he sembrado espinas"* Pienso en Mons. Marco Tulio, tachirense, el pastor solícito que impulsó no sólo obras eclesíásticas sino también de desarrollo social y educativo. No puedo pasar por alto, a Mons. Roberto Luckert, zuliano de pura cepa, el pastor cercano, defensor de los derechos humanos. Monseñor Freddy Fuenmayor, zuliano también, que organizó la diócesis a fin de que entrara en la conversión pastoral, siguiendo los lineamientos del episcopado latinoamericano. Y a nuestro querido Mons. William, quien con su ánimo siempre joven y generoso cautivó el corazón de todos los habitantes de la Costa Oriental y por el cual oramos para que el Señor le conceda la salud.

Aunque ya lo hice en Maracaibo, reitero mi profundo agradecimiento a la Arquidiócesis de Maracaibo: a Mons. José Luis, a Mons. Ubaldo, a los sacerdotes, a los laicos, por todas las enseñanzas, los ejemplos que me dieron y que han formado a este servidor de Dios y de la Iglesia. En agradecimiento, por todo lo que me han dado, cuenten con mi oración, especialmente en la celebración de la santa misa.

Queridos hermanos, La Eucaristía es el gran tesoro de la Iglesia, pues ella es Cristo, nuestro alimento; memorial de la pasión, muerte y resurrección del Señor. Cristo nos acompañe en las dificultades, sane nuestras heridas, nos de fuerza para resistir al mal, nos saque de nuestra comodidad para construir un mundo más humano. Como María acojamos con amor y fe al Señor, y dispongamos a responder como ella a Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”.

A ella, a Nuestra Señora del Rosario le pido: *“Estrella de la nueva evangelización, ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión, del servicio, de la fe ardiente y generosa, de la justicia y el amor a los pobres, para que la alegría del Evangelio llegue hasta los confines de la tierra y ninguna periferia se prive de su luz”*. Amén.



+ *Ángel Caraballo*
+ Ángel Francisco Caraballo Fermín
Obispo de Caimas.